CHEKA

por

JOSE MALLORQUI FIGUEROLA

Autor de: *"En aquella vieja ermita..."*

Suplicios de locura en una tétrica prisión comunista

Estábamos reunidos alrededor de una mesa cargada de botellas de coñac jerezano envueltas en las nubes de humo de nuestros cigarros, cigarrillos y pipas. Se celebraba el primer aniversario de la terminación de la guerra en España y todos nosotros habíamos amenizado la sobremesa con alguna anéctoda de aquellos tres terribles años. Sólo el coronel Muñoz—rostro alargado, nariz aguileña, nieve en los aladares y en el áspero bigote y arqueado pecho, en el que lucía, solitario, el emblema de la Laureada—no había pronunciado una palabra.

—¿Y usted, no nos dice nada? — preguntó el teniente Suárez,—cinco heridas recibidas al frente de sus legionarios, medalla militar, ojos centelleantes, movimientos nerviosos y rostro simpático.

El coronel retiró de sus labios la pipa y durante unos segundos contempló la cada vez más delgada columna de humo que ascendía de la cazoleta. Al fin, lanzando un suspiro muy hondo, contestó:

—Mi anécdota sería trágica y no quiero ensombrecer con ella este día que para todos es de alegre entusiasmo. Vale más que no hable. De todos mis recuerdos, en este momento, sólo el que digo acude a mi cerebro.

—Pues cuéntelo—intervine yo.—Entre lo que se han explicado ya, ha habido hechos cómicos y sucesos trágicos. No puede pretenderse que los recuerdos de una guerra sean dulces y suaves.

Todos los demás se unieron a mi demanda y, al fin, el coronel Muñoz asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien—dijo.—Les complaceré. Pero no me culpen a mí si luego el coñac les sabe a barro.

Hubo sonrisas y carraspeos. Se encendieron algunos nuevos cigarrillos y se vaciaron las copas, que en seguida fueron llenadas con el oro líquido de las cepas andaluzas.

—Me permitirán que hable a mi manera —empezó el coronel, que había dejado su negra pipa encima de la mesa y con mano ligeramente temblorosa llenaba de agua un vaso.—Entre mis papeles, el día que yo muera, se encontrará esa historia. La he escrito y releído muchas veces. Casi la sé de memoria. Por ello lo que voy a contar será casi un recitado.

Interrumpióse un momento, como si no se decidiera a comenzar, y al fin, como rompiendo los invisibles lazos que le retenían, empezó:

—Algunos de ustedes han vivido la guerra en la Barcelona Roja. Saben el horror de los primeros tiempos, cuando las masas se lanzaban a la calle descubriendo que todas aquellas leyes que contienen al hombre y le impiden convertirse en bestia eran papeles mojados. Fué como si a un niño se le diera una ametralladora a punto de dis

Ibero-Amerikanisches Institut
Preußischer Kulturbesitz
http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI000077C600150000